

PUERTO RICO A FLOTE; DESDE HOSTOS HASTA HOY

Doris Sommer

Para Roberto Unger, Tupí and not Tupí.



Los puertorriqueños dicen ‘No’”, reza el encabezado en negritas de un artículo de fondo que aparece en el *Boston Globe* del 15 de noviembre de 1993. La derrota del plebiscito sobre la anexión de Puerto Rico a los Estados Unidos no causó ninguna perplejidad, ni siquiera alivio. Sin embargo, el artículo que presentó la noticia comienza con una expresión de franca sorpresa. “No se suponía que este fuera el resultado”¹, comienza su párrafo el todavía sorprendido periodista. Este reportero, residente en Boston, celebraba un triunfo y orgullo vicarios, al parecer siguiendo un argumento de algunos sectores en la isla en contra de la anexión basado en el temor de la regularización política, vista como un suicidio cultural, y que prefiere el estatus anómalo de Estado Libre Asociado. “Es un voto en contra de la asimilación”, dice, citando a Miguel Hernández Agosto, presidente del Parti-

¹ Michael Rezendes, “Puerto Rico Vote Defies Momentum”, *Boston Globe*, 16 de noviembre de 1993, Section National Foreign, p. 8.

do Popular Democrático (PPD), “un voto a favor de todo aquello que el pueblo de Puerto Rico ama y valora”.²

Lo que se omite en los dos artículos es la mención de una decisión diferente —la de no decidir— cuando el propio PPD no logró una ratificación del español como lengua única oficial de Puerto Rico en 1992, lengua que sólo unos meses antes el plebiscito del Partido entendía como el vehículo duradero para la nominación de reinas de belleza y campeones olímpicos que convirtieran a Puerto Rico en un contendiente internacional, por más que la isla no llegara a ser un estado como los demás de la Unión Americana. Una victoria gubernatorial en 1992 supuestamente hubiera establecido lo que los puertorriqueños estiman y valoran. Sin embargo, ganó Roselló, el candidato de la oposición, prometiendo, entre otras cosas, revocar la ley que hacía del español lengua oficial de Puerto Rico. Evidentemente, cuatro siglos de requerir sólo del español —siglos en los que los esclavos que conocían otros idiomas “sabían demasiado”— pueden haber servido de amonestación en contra de la adopción de restricciones, tal como Arcadio Díaz Quiñones lo ha argumentado de manera tan conmovedora en su recomposición de *La memoria rota* (1993). Ni esta decisión de dejar irresuelta la cuestión del idioma, ni alguna otra maniobra a todas luces equívoca para mantener a flote la política de la isla aparecen en el periódico del Norte. Por consiguiente, el *Globe* manifiesta sorpresa, en vez de presentar la práctica de la política puertorriqueña de vaciar de antemano el contenido de los problemas, para luego asumir que no es necesario resolverlos; práctica impuesta, hasta cierto punto, por las leyes estadounidenses (la Ley Foraker de 1900 y sus secuelas) que dejaban muy poco espacio para maniobrar. Se trata de una práctica inmovilizante que Antonio Pedreira ya había deplorado en 1934 como “dócil” indecisión, y que René Marqués condenaría una generación más tarde, después de que Albizu Campos y otros militantes, no las masas, perdieran la lucha armada, y “dócil” se convirtiera en sinónimo de “aplatanado”, que rima con “afeminado”. La publicación de Pedreira en 1934 coincidió con la violencia de masas que estalló a consecuencia de la huelga de los trabajadores del azúcar y con la fundación del Partido Comunista de

² Michael Rezendes, *Boston Globe*, “Puerto Ricans Say ‘No’”, *Boston Globe*, 15 de noviembre de 1993, Section National Foreign, p. 1.

Puerto Rico.³ Fue sólo un par de años después que las mujeres comenzaron a votar, y Pedreira se mostraba claramente preocupado por una intromisión mal dirigida en la construcción nacional de Puerto Rico; estaba convencido, además, de que se necesitaba una actividad realmente constructiva. Escribió que el país se encontraba inmovilizado; “insular” y sin dirección, era un cuerpo político flotante, internamente desgarrado por una mezcla indecisa e irresuelta de razas. Lo que la nación necesitaba era “llevar anclas” y dirigirse hacia la modernidad.⁴

El anexionista Partido Nuevo Progresista (PNP) actualmente en el poder, debe haber interpretado las noticias de la indecisión en noviembre como una justificación de la impaciencia de Pedreira, por más que dicho partido se atribuyó una casi victoria (todo el mundo proclamaba la victoria). Sin embargo, el periódico de Boston hacía eco de buena parte de la oposición al prácticamente vitorear la derrota como heroica, a pesar de la casi igual división del voto entre el estatu quo y la anexión, con tan pocos votos a favor de la plena Independencia. La atracción de la anexión como estado de la Unión, se reducía aquí a los dudosos privilegios del derecho a votar en las elecciones presidenciales, y de permanecer en la lista de las dádivas federales.⁵ Para la decisiva mitad de los votantes, estos derechos serían un mero soborno, de la misma índole que el plato de lentejas que el desesperado Esaú aceptó del ladino Jacobo, a cambio de la primogenitura del hambriento hermano. La analogía bíblica proviene de una versión independentista de la narración admonitoria de la Biblia. Es un relato de Margot Arce de Vázquez, sobre mellizos no idénticos y también sobre fundamentos legales engañosos. En “Esaú” (1967), reformula el papel del hijo predilecto de Isaac, demasiado ocupado con el trabajo como para preocuparse por el futuro, como el de la querida y acosada Isla, en la que los derechos al reconocimiento nacional han sido traicionados en favor de conveniencias tentadoras.

³ Juan Flores, *Insularismo e ideología burguesa en Antonio Pedreira*. La Habana: Casa de las Américas, 1979, pp. 81-82.

⁴ Antonio S. Pedreira, *Insularismo: Ensayos de interpretación puertorriqueña*. 1934. San Juan: Biblioteca de Autores Puertorriqueños, 1942, pp. 16 y 79.

⁵ Antes del plebiscito, el *Boston Globe* temía que Puerto Rico fuese a votar a favor de la anexión, por pereza política y económica, simplemente para seguir gozando de cupones para alimentos, así como para obtener fondos federales destinados a proyectos de desarrollo.

[En *The Autobiography of an Ex-Coloured Man*, de James Weldon Johnson (publicada por vez primera en 1912), hay la queja de que el hombre ha vendido sus derechos de nacimiento 'primitivos' "por un plato de lentejas". (p. 211)].

Y si bien los artículos del *Globe* evocan al nuevo Esaú de Margot Arce, no hay razón alguna para ocultar las probables diferencias políticas entre ellos. Después de todo, mi propio texto no pretende ser una argumentación inocente, y mucho menos un aparato patriarcal reproductivo como el de Pedreira. A diferencia de Noé, nerviosamente de pie y vestido frente a sus hijos, quienes al poner de manifiesto la desnudez del padre reciben un castigo (y probablemente una decepción), yo no tengo nada que ocultar. No hay, en mis poco uniformes lecturas, ninguna pretensión de fundar modelos, ni ciertamente ningún presupuesto programático para la historia de Puerto Rico. De modo que es apropiado revelar la diferencia: las noticias que nos llegan de Nueva Inglaterra son la celebración de un *outsider* de lo que percibe como integridad cultural y su aplauso de la audacia del orgullo nacional puertorriqueño. El ensayo "Esaú", por otro lado, es el lamento de una isleña por la suerte que han corrido sus hermanos desheredados y descorazonados; es también una exhortación a actuar, a reclamar el derecho nacional inherente a la independencia. Para Arce, se observa, acción significa el acto de reclamar, esto es, un acto de habla. No lamenta la pérdida de oportunidades militares, ni tampoco incita a sus compatriotas a levantarse en armas; más bien, se lamenta por la débil voz de Puerto Rico. ¿Qué mensaje exactamente debieron haber expresado sus compatriotas, en vez de someterse al ventrilocuismo del "Big Brother"? El mensaje debió haber sido un atronador "No".

En esto, y de manera casi misteriosa, los artículos de Boston ("Los puertorriqueños dicen 'No'") y los provenientes de Borinquen coinciden. Es como si, a causa de un designio oculto, se produjera una caja de resonancia entre textos que no pudieran hablar directamente entre sí. El acto de habla liberador que Arce ansiaba escuchar era que la isla respondiera con una resonante negativa a colaborar con su propia ignominia. "El pueblo de Puerto Rico por boca de sus dirigentes no supo decir ¡No! virilmente en aquella ocasión; se avino al compromiso. En vez de mantener con firmeza el principio de la inmovilidad de nuestro derecho, lo sacrificó al logro de unas reformas que,

en realidad, no representaban gran cosa para la liberalización de la situación colonial".⁶ Este sencillo y poderoso mensaje finalmente sí resonó en la brecha entre la Isla y el Continente 25 años más tarde, escuchándose con fuerza y claridad por lo menos a tanta distancia como las páginas de un a veces provinciano *Globe*.

Y una vez que el eco comienza a reverberar, recoge las vibraciones de otra voz inolvidable, la de José de Diego. Su resonancia en el artículo de Arce no es ningún misterio. De hecho ella lo recuerda con amor en la oración que precede a su lamento por una nación incapaz de decir "no". Cincuenta años antes, después de que el poder imperial estadounidense fue ratificado por los aliados puertorriqueños, De Diego escribió algo verdaderamente memorable, aunque breve, casi un manifiesto magistral. Con la agudeza intencional de la concisión, lo tituló simplemente "No" (1916). "Breve, sólida, rotunda como un martillazo, he aquí la palabra viril que debe encender los labios y salvar el honor de nuestro pueblo, en estos infelices días de anacrónico imperialismo".⁷ El "sí" puede ser útil para algunas cosas, admite recatadamente después de su primera oración, pero

En la evolución política, en la lucha por la libertad, el adverbio afirmativo es casi siempre inútil y siempre funesto; tan suave en todos los idiomas, tan dulce en los romances, superiores en esta voz de la madre lengua latina: "CERTÉ QUIDEM", no tienen la brevedad y la armonía del SI español, italiano, portugués y también francés, cuando sustituyen al OUI, en las frases más expresivas, si cantando, nota musical, arpegio de flauta, trino de pájaro, noble y bueno para la melodía, el ritmo, para el ensueño, para el amor: mas para la protesta, para el ímpetu, para el arrebató, para la ira, para el anatema, para el odio seco y fulminante, como el rasgar del rayo, el NO . . .

Tenemos que aprender a decir NO, enarcar los labios, desahogar el pecho, poner en tensión todos los músculos vocales y todas las potencias volitivas, para disparar esa O del NO, que tal vez resuene en América y en el mundo y que resonará en el cielo con más eficacia que el retumbar de los cañones...⁸

⁶ Margot Arce de Vázquez, "Esaú", *Libertad y crítica en el ensayo político puertorriqueño*. Ed. Iris Zavala y Rafael Rodríguez. Río Piedras, Puerto Rico: Ediciones Puerto, 1973, p. 369.

⁷ José de Diego, "No", *Obras completas*, t. II. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1966, p. 16.

⁸ De Diego, pp. 17-19.

De Diego tenía buenas razones para sentirse seguro. De hecho los puertorriqueños ya se habían armado exitosamente contra un imperio mediante el simple expediente de decir “no”. Esto lo sé por Pedreira, quien en dos ocasiones distintas celebra el que sus compatriotas hayan aplicado su naturaleza pacífica, que él denominaba “pasiva”, a una postura de resistencia heroica. El efecto de legitimación nacional del decir “no”, en ambos casos, queda registrado en una sección del libro que sabia y paradójicamente tituló “Afirmación puertorriqueña”. El primer caso ocurrió en 1810, cuando un agente del ejército español estableció una base en la Isla para reclutar soldados para luchar contra los patriotas venezolanos. Al día siguiente, encontró clavada en su puerta una negativa contundente. Era una mezcla de indignación al ver la cordialidad puertorriqueña malentendida como cobardía, y de una simpatía inconfundible hacia Caracas por encima de Castilla.⁹ El otro “No” heroico se oyó en 1864, cuando España pensaba trasladar el Batallón de Puerto Rico a Santo Domingo, donde los patriotas estaban desbaratando al ejército imperial. “Compañeros”: comienza el manifiesto que obstruyó la movilización,

¿Hasta cuándo permitiremos que los déspotas de España se sigan aprovechando de nuestra inacción? ... Los jíbaros de Puerto Rico, hijos de Agüeybana, el Bravo, no han perdido aún la vergüenza y sabrán probar a sus verdugos... que si son fáciles de gobernar mientras creen que se les hace justicia, no sufren que se abuse de ellos impunemente.¹⁰

La historia de Puerto Rico era ya su propio modelo de rechazo heroico. Y, como he dicho, José de Diego podía contar con la resonancia patriótica de un valeroso—por no decir viril— “NO”. Pero ahora quiero sugerir otra razón para la alta estima del sencillo lema, una razón no dicha tras el razonamiento de De Diego sobre el “NO” como la única palabra con auténtica fuerza política. Mi inferencia de crítica literaria tiene poco que ver con la negación de De Diego de los productores de azúcar colaboracionistas, después de que los había defendido en corte, se relaciona más con el valor general del “no” que

⁹ Pedreira, p. 170. “Este pueblo, bastante dócil para obedecer a sus autoridades naturales, no sufrirá jamás que se saque de la isla [a] un sólo miliciano para llevarlo a pelear contra sus hermanos caraqueños”.

¹⁰ Pedreira, pp. 179-180 (?)

no se desfigura en la traducción del español al inglés. De Diego sugiere al detenerse a considerar la alternativa del "sí", su brevedad y armonía en las lenguas romances, en contraste con sus torpes equivalentes en latín (131), y supuestamente con el cacofónico "yes" en inglés. Hay que considerar que del español al inglés las palabras de afirmación no concuerdan, y la asimetría abre quizás un espacio para malas interpretaciones. Cuando un hispanohablante oye esa palabra inglesa, ¿se preguntará a veces ante la insistente "s" sibilante final, que en español podría quedar discretamente apagada, si tal sonido no es un seseo de desaprobación, o el sonido totémico de una serpiente que acecha a su presa? También es posible que un oyente de habla inglesa pueda oír en un "sí" del español, no un simple voto de apoyo sino una invitación a observar algo, dejando así abierta una pregunta.

El "no", en cambio, es suave y seco como una bala; de hecho, tal vez sea la única palabra políticamente significativa que tenga un sonido y una substancia tan firme, tan inconfundibles para la interpretación, que por sí misma puede ser usada en forma segura. El "no", no es vulnerable al ventrilocuismo, ni representa un problema en la traducción, permite trasladar literalmente el significado de un lugar a otro. Por supuesto para los puertorriqueños y su lengua el problema más general es este ir y venir del español al inglés. La relación imperial mantiene en movimiento, o al menos potencialmente, a toda una población, hasta el punto que Luis Rafael Sánchez inventa el chiste histórico de la identidad nacional puertorriqueña asentada en la guala aérea. Puerto Rico pasa a ser literalmente una nación de *Luftmenschen*. Felizmente, sin embargo, hay una palabra, una posesión por lo menos, que no se desgasta en los viajes. El "NO" permanece intacto y carente de ambigüedad.

Sin embargo, ¿es tan confiable? La coherencia misma de la palabra, su conveniencia para el viajero, es una especie de traición. El problema con el "no" es precisamente en que se traduzca con facilidad, que sea tan natural aquí como allá, y que flote fácilmente entre sus moradas lingüísticas. La propia palabra que rechaza una intimidad con el imperio, produce esa intimidad. "No" es un arma de autodefensa que resulta ser una trampa destructiva, un grito de resistencia que comienza a sonar como el gemido de una atracción irresistible. El "no" cambia traicioneramente su apariencia, su único mensaje

claro, a pesar de la arduamente enunciada negativa de De Diego a colaborar, es su propia traducibilidad, la esencia de una política móvil, por no decir histórica. Opto por no decir histórica porque ésta es una palabra que se emplea contra aquéllas personas que son demasiado activas como para no alzar la voz, contra las mujeres, los judíos, los negros, las naciones rebeldes. Opto por no decirlo, porque el movimiento tal vez no sea, en absoluto, un levantamiento político, sino más bien una estrategia de supervivencia, una estrategia a la que Muñoz Rivera llamaba "posibilismo"¹¹ para contrarrestar las negativas de De Diego, porque resultaba inaceptablemente dogmático hacer un fetiche de las palabras en español o en inglés para ciudadanía, autonomía e independencia, y era más constructivo tener una actitud pragmática hacia los conceptos.

El propio De Diego parece haber tenido presente la supervivencia, si es que el "no" es la única respuesta correcta a cualquier asunto político. Aun cuando esta palabra no fuera destabilizante para él, evidentemente era la clave de una política de resistencia y no el espíritu de programas definidos. ¿Por qué sería un acto político el simple hecho de resistir? ¿Acaso nunca se llega a convenios, jamás se hacen concesiones? La postura de De Diego quizás se haya debido a que pertenecía a la ya insostenible posición social de terrateniente (posición de pérdida para los caficultores y que lentamente se iba deteriorando para todos los demás), de modo que la política siempre lo coloca a uno en una relación desigual y nada envidiable. Y ese era el punto para un puertorriqueño privilegiado cuya imaginación histórica asumió asimetrías desfavorables. Las condiciones evidentemente no habían sido propicias para la afirmación de la nacionalidad bajo el régimen español, pero tampoco se estaba ratificando o celebrando ningún proyecto de independencia ahora que los norteamericanos estaban en el poder. En los momentos en que los pronunciamientos cate-

¹¹ *Puerto Rico. Cinco siglos de Historia.*

644. Muñoz Rivera, el más moderado de los líderes unionistas, convenció a sus correligionarios de que no abandonarían la autonomía. Gracias a su intervención, el Partido aceptó dicha fórmula como medida de transición hacia la independencia.

El principal partido puertorriqueño había dado de pronto con esta acción un giro hacia la izquierda. El resultado inmediato fue la división de las filas unionistas entre *muñocistas* y *dieguistas*. Muñoz Rivera seguía favoreciendo la reforma del régimen colonial, con o sin ciudadanía norteamericana... El líder siempre pragmático combatía, por lo tanto, la resistencia a la ciudadanía estadounidense procedente del ala independentista del Partido dirigida por De Diego".

góricos parecían precarios, lo único honorable que se podía decir era “no”: no queremos ni una triste asimilación, ni una autonomía ignominiosa. Paradójicamente, al decir lo contrario, el protopopulista y pragmático padre de Luis Muñoz Marín proveía la imagen especular: el decir sí a varias posibilidades equivalía a no profesar ninguna de ellas, a rechazar los fetiches políticos. Tanto para De Diego como para Muñoz Rivera, la afirmación nacional significaba una serie de rechazos; en tanto que el primero negaba que un puertorriqueño pudiera ser alguna otra cosa, el segundo rechazaba una definición audaz y prefería mantener su lenguaje lo suficientemente ambiguo como para ganar cierto sector nacional.

Éstas son prácticas que tal vez Pedreira haya percibido, pero evidentemente también deplorado como una adolescencia persistente: sólo los niños se reafirman diciéndoles “no” a los adultos, o bien deslizándose entre las grietas de las convenciones. Según Pedreira, la política puertorriqueña persistía en medio de una tensión binaria que era inestable y que requería de una tercera etapa, tras la infancia colonial y la joven autonomía del siglo XIX. Y necesitaba igualmente de un tercer elemento una *intelligentsia* unificadora y civilizadora que desembrallara los conflictos raciales y llevara a la Isla hacia un sentimiento nacional más maduro.¹²

Todo esto supone, claro está, que la política desempeña un papel en los ritmos dialécticos del conflicto y la síntesis, o bien en las pautas orgánicas predecibles de nacimiento, crecimiento y decadencia. Y la nota organicista, naturalista y a la postre racista del pensamiento de Pedreira, ya ha sido el blanco de críticas importantes por parte de Juan Flores, Juan Gelpí y Arcadio Díaz Quiñones, entre otros. Lo que yo me pregunto aquí es si la impaciencia de Pedreira hacia la indecisión no debiera ser otro objeto de crítica, una que lo encontrase extrañamente aliado con toda una gama de dialécticos y partidarios de soluciones definitivas. José Luis González se separa de todos ellos, en la práctica discursiva si ya no en la teoría, al añadir a la pulcritud triádica de Pedreira el peligroso complemento de un cuarto piso de la historia nacional (*El país de cuatro pisos*, 1980), una construcción

¹² Pedreira, p. 15; Flores, p. 21.

abierta a alturas impredecibles.¹³ ¿Es que no hay una política —quizás posmoderna— que admita que las tensiones insolubles son sitios de construcción dinámicos? (Véase el concepto que tiene Homi Bhabha sobre la lucha maniquea).¹⁴ ¿Y es que no hay una política particularmente puertorriqueña de indecisión digna y sofisticada que estoy interpretando en—o deseo transmitir a— quienes responsablemente dicen “no”? ¿Acaso no podemos ver una sugerente resonancia en Brasil, donde los términos comunes y autocomplacientes de la cultura política seguramente traducirían la degradante palabra “docilidad” en “cordialidad” pragmática y no confrontacional, o en algo que Milagros López y Juan Flores llaman una “vacilación productiva” políticamente?¹⁵ Y a la contradicción entre el liberalismo económico y el conservadurismo cultural, tan característica de la política puertorriqueña, ¿acaso no se la llama pragmática cuando se la propone para Estados Unidos por parte de teóricos como Daniel Bell?¹⁶ Si pudiéramos oír el tema y variaciones en el coro de isleños cautelosos y comprometidos, desde aquéllos que en 1810 sabotearon la conscripción, hasta quienes frustraron el plebiscito del pasado mes de noviembre, las ondas del eco llegarían directamente hasta el gran ideólogo de la indecisión ética y estratégica; es decir, hasta Eugenio María de Hostos. Éste es el Hostos que mi colega Richard Rosa me está enseñando a leer, el novelista Hostos que mantuvo a su héroe autobiográfico Bayoán flotando entre sueños de autonomía antillana y deseos de iluminación española; el hombre que escribió páginas de su *Diario* con una mano y las reescribió o las tachó con la otra; el ideólogo en constantes vaivenes geográficos y políticos que nunca ponía pie firme en parte alguna porque no era verdaderamente satisfactorio o seguro. Por un lado, generaciones de derramamiento de sangre no sanado en

¹³ Véase Juan Flores, “The Puerto Rico that José Luis González Built”, *Divided Borders: Essays on Puerto Rican Identity*. Houston: Arte Público Press, 1993, pp. 61-70. Este diseño abierto puede ser otra de las formas en que *El país de cuatro pisos* rebasa, o no alcanza, sus intenciones marxistas, al igual que el acento que pone en las determinaciones raciales, por encima de las de clase, que señala Flores, p.64.

¹⁴ Homi Bhabha, “Interrogating Identity”, en Goldberg, *Anatomy of Racism*, donde argumenta contra la dialéctica, diciendo que los súbditos coloniales saben lo suficiente como para seguir resistiendo, para seguir diciendo “no”.

¹⁵ Véase su introducción a los ensayos sobre Puerto Rico en el próximo número de *Social Text* (mayo de 1994).

¹⁶ Daniel Bell, *The Cultural Contradictions of Capitalism*.

el resto de Latinoamérica representaban una advertencia suficiente contra el conflicto armado, antes de que el desangramiento interno fuera diagnosticado por escritores como Marqués como el costo suicida de la indignidad;¹⁷ y, por otro, los liberales españoles autointeresados limitaban sus esperanzas de una soberanía antillana. La esclavitud negra en las repúblicas liberadas de un lado del mar, y del otro la condescendencia imperial hacia los autonomistas creativos. ¿Dónde iba uno a poner pie firme? Hostos meditó sobre esta pregunta durante mucho, muchísimo tiempo; y mientras tanto, se mantuvo a flote.

¹⁷ René Marqués, "El puertorriqueño dócil", p. 156: [La] pacífica, tolerante, sociedad produce violencia, pero interna, autodestructiva. p. 157: el país católico con más alta incidencia de suicidios en el mundo.

COMENTARIOS

Richard Rosa

Para el Hostos de *La peregrinación de Bayoán* (1863) y los *Diarios*, vacilar se convierte en una estrategia frente a situaciones en que no parece haber una opción clara. En el ensayo introductorio a sus artículos de crítica, habla de esa vacilación de los niños frente al adulto en momentos en que no parece haber una respuesta unívoca: el sí y el no se hacen insuficientes, el campo semántico que enuncian ambas palabras se torna sospechoso: "Entonces, todas son vacilaciones, indecisiones y temores: ni dice sí, ni dice no, o alternativamente dice que sí y dice que no y siempre concluye por bajar la cabecita, diciendo que no está seguro, que no se atreve a afir-

mar ni a negar".¹ Este pasaje parece darnos una síntesis de la práctica retórica y política de Hostos en sus escritos. La oscilación constante, cuando no se tienen opciones definitivas, aparece como una forma (sutil) de confrontar un poder superior, de eludir la adquisición de una postura irrevocable, cuyas consecuencias, por la complejidad de las fuerzas envueltas, pueden ser catastróficas. Para Hostos vacilar es una táctica de supervivencia; para los puertorriqueños es eso, pero a la misma vez, es también una forma de confundir, como nos muestra el

¹ *Obras Completas Volumen XI* (Habana: Cultural, S.A., 1939, Vol. XI. En adelante usaré las siglas O.C. con el volumen y el número de página.